

**Serie Bad Romance**  
**Volumen 4**

*Secret Queen*

**Isa Quintín**

# Uno

## *Una semilla*

Dustine

El ciclo de la vida ocurre sin que podamos notarlo, es como una semilla que cae en tierra abonada, a simple vista parece no ocurrir mucho, por encima, en la superficie no consigues percibir lo que ocurre dentro. Lo primero en suceder es la muerte, una ironía ¿no crees? La semilla debe morir para dar paso a la vida. Y entonces es visible y tan evidente que te preguntas en qué momento salieron esos brotes verdes abriéndose paso entre la tierra que antes la mantenía en tinieblas, apretada y compactada en sus paredes como una prisionera. Y si miras en lo profundo te das cuenta de que no ha sido un trabajo en solitario, la semilla no daría fruto por su cuenta, necesitaba la tierra (la muerte), necesitaba el agua (el dolor), necesitaba el sol (el amor). Una mañana encuentras unas hojas muy verdes que se mecen al ritmo del viento, es la vida asomándose, imperceptible como un latido. Y luego, sin saber cuánto ha pasado, aparece un botón, la semilla que había muerto ahora es una flor, ha florecido y es quién reluce en ese jardín en el que antes había hierbajos y espinas.

Siempre me ha maravillado la vida, la forma en que surge, el misterio que la envuelve, el destino que marca. Mi madre siempre sembraba flores en cualquier maceta incluso sabiendo que no teníamos espacio en casa para una planta más. Una vez quise saber por qué las flores y no otra cosa como un árbol de manzanas o de naranjas, y ella dijo que las manzanas y las naranjas estaban bien en los campos porque necesitan espacio para echar buenas raíces y dar frutos saludables, y que en un pequeño jardín de casa crecerían prisioneros. Nunca entendí qué significaba ser un árbol prisionero, si podía florecer y dar frutos entonces era sinónimo de libertad.

Mi madre agregó que las flores eran como camaleones, que se adaptaban a cualquier espacio, que agradecían cualquier rayo de sol y que soportaban la sequía un poco más, que ahorraban agua dentro para mantenerse vivas e incluso algunas sobrevivían al invierno. Me pareció que su predilección iba enfocada a que se veían bonitas y se lo hice saber. Su respuesta me sorprendió: “la belleza de una flor es su maldición, pocas veces te resistes a tocarla o te limitas solo a mirarla, tu primer instinto es arrancarla y llevarla contigo, como un adorno, como una joya o como un premio. Y lo que haces al arrancarla de su hogar es inducirle la muerte. Claro que van a darte su

belleza, cuando las ves más abiertas más las admiras, y cuando su olor más te embriaga solo te anuncian su despedida. Una semana o dos después, acabarán en el cuenco de la basura. Tu impulso de posesión las destruyó. Así que no tengo flores en casa porque sean bonitas, no es la única razón, las tengo en casa para protegerlas del depredador”.

Mi madre fue profesora de biología, una apasionada por la botánica que siempre deseó tener un jardín extenso para criar sus plantas, como no le fue posible hacerlo, se conformó con las macetas. Papá nunca se quejaba de ello, tampoco reparaba demasiado en ese pasatiempo, era un hombre entregado a su profesión de médico familiar y cuando volvía a casa la mayoría de las veces ya estaba dormida o en mi cuarto haciendo los deberes. Era silencioso, como un gato, apenas percibías su presencia por ciertos detalles como el olor de su perfume Old Spice de siempre que nunca se borraba de su ropa o de su piel, el olor del tabaco que los domingos fumaba en el porche trasero mientras se ponía al día con el mundo leyendo el dominical, o el sonido del motor del viejo American Eagle, el coche de sus amores. No recuerdo que alguna vez haya levantado la voz, hablaba pausado, sereno y nunca expresaba sus opiniones sobre nada ni nadie. Quizá era su personalidad o algo aprendido de su profesión. Lo cierto es que, a pesar de su silencio y su presencia apenas perceptible, tenía detalles que lo hicieron inolvidable. Cada noche, como un mandamiento sagrado, dejaba sobre la madera de mi escritorio, dos caramelos Mary Jane de mantequilla de maní que yo devoraba al día siguiente, incluso cuando volvía de la universidad para visitarle, siempre tenía alguno en los bolsillos y me lo entregaba mientras sus ojos brillaban llenos de cariño.

Nunca hubo gritos en casa.

Nunca escuché que mis padres se reclamasen por alguna cosa. Ni cuando una de las plantas de mi madre creció como una telaraña enredándose en las estanterías y mi padre tropezó una noche con ella, no logró zafar su pie y cayó de lado lacerándose el hombro. Apenas escuchamos un quejido y el golpe, eso nos alertó e hizo que mi madre olvidara el pesar que le causaba cortar las ramas de la invasora y en su lugar la arrancó con sus propias manos tirando de ella para soltarla de todos los lugares donde estaba prendada. Nunca más sembró otra especie similar.

Así que ese día comprendí que el amor por alguien es un acto de desapego, ella lloraba arrancando las ramas, no sé si le causaba dolor hacerlo o estaba arrepentida de lo que su pasión había causado a quien amaba. Pero fue capaz de hacerse a un lado para que nadie más fuera lastimado.

Nosotros éramos su jardín que ella protegía de cualquier depredador.

Una mañana la vi sacando las macetas a un hombre que tenía el auto repleto de plantas, por un momento me asusté, que mi madre se soltara de esas flores era pedirle que se arrancara un trocito del corazón, las mimaba tanto que parecían sus hijas. Cuando volvió al salón, yo terminaba el plato de cereales que me había dejado servido, la vi sonreír de una forma que no recordaba, con los mofletes tensionados y mostrando los dientes. No sabía si preguntar así que bajé de la silla y llevé el plato hasta el

fregadero, apenas alcanzaba el borde y estiré mis pies y mis brazos para evitar que cayera y se rompiera.

Al darme vuelta la vi en la parte trasera de la casa, de rodillas en el suelo y con las manos llenas de tierra mientras arañaba dentro de una maceta.

—Ven, ayúdame con algo —dijo sin borrar la sonrisa.

Me acerqué tímida y esperé instrucciones. Al cabo de unos minutos me pidió que le pasara la pequeña planta que estaba sobre una silla, lo hice. Entonces ella puso sus manos sobre las mías y juntas metimos el pequeño brote en el hueco de la maceta.

—¿Es otra flor especial? —pregunté porque la curiosidad me estaba matando.

—No, esta vez sembraremos un árbol, cuando haya crecido lo suficiente lo transplantaré junto al arcén, en ese pequeño terreno que se ha descubierto luego de romper el concreto para hacer las reparaciones del gas.

No entendía nada, ¿por qué un árbol? Siempre dijo que no había espacio.

—¿Será un árbol prisionero?

Ella me miró por un instante, terminó de acomodar la maceta y se levantó limpiando sus rodillas untadas de tierra removida.

—Es un árbol de flores, será libre porque su libertad está en su belleza, aunque le arranquen sus flores, ellas volverán a florecer.

Era muy pequeña para comprender tantas palabras, así que me limité a esperar que el tiempo pasara y ver aquello que tanto maravillaba a mi madre. En realidad no pasaba gran cosa, así que perdí el interés. Hasta que mi padre anunció que dejaríamos Portland y el bullicio de la ciudad para mudarnos a California. No entendía lo que significaba mudarse, así que mi madre me lo explicó con ejemplos gráficos. Puso frente a mí una planta que tenía las hojas amarillas y me dijo que mudarse era cambiar, retoñar, renacer. Que las plantas mudaban las hojas para volver a florecer, como los animales cambiaban la piel, las garras o el pelo. Así que nuestras hojas eran la casa en la que había vivido los siete años de mi vida, la dejaríamos atrás para florecer en otro lugar llamado Santa Helena, en California.

Fue el modo sutil que encontró para explicarme que la economía no iba bien y que ese nuevo trabajo de mi padre y un pequeño pueblo nos darían la estabilidad que necesitábamos.

—Echar raíces —dijo.

Nunca fue más real que cuando la vi empacando las plantas y poniendo junto a mí en el asiento trasero, la maceta del árbol de flores que apenas tenía la mitad de mi altura y le abrochó el cinturón. Cuando llegamos en la noche a la nueva casa, mi padre acomodó en el suelo una alfombra que estaba enrollada en una esquina y algunas prendas de ropa. Debíamos esperar a que el camión de la mudanza llegara con nuestros muebles.

—No pasaremos frío, es el final del verano y aquí siempre hace buen clima —dijo para calmar mis dudas.

En ese momento escuchamos un ruido proveniente de la entrada y al asomarnos para ver lo que ocurría, vimos a mi madre con la linterna colgada al cuello y la pequeña pala de jardinería que usaba, abriendo un hueco en la tierra, fue cuando reparé en que la entrada era amplia y que mi madre iba a poder plantar una selva entera si se le ocurría hacerlo.

—Le tomará toda la noche —finalizó mi padre en su tradicional tono tranquilo y me llevó adentro para darme de comer de algún enlatado que llevábamos, me quedé dormida escuchando a mi madre cantar *Blue Skies* de Willie Nelson.

Por alguna razón estaba muy contenta, y me imaginé que era por el espacio en el jardín. Desperté cuando mi padre me llamaba moviendo suavemente mi hombro, me entregó la pasta de dientes y el cepillo y me mostró la casa para que me acostumbrara a ella, no era muy grande, apenas con tres habitaciones y de una sola planta. Cuando volvimos del recorrido, mi madre estaba en la cocina, le dio una taza de café a mi padre y nos invitó afuera a ver su obra. El arbusto estaba plantado y tenía unas piedras rodeándole.

—¿Para qué son las piedras? —cuestioné.

—Para delimitar su espacio y que nadie vaya a aplastarle, una barrera de protección.

—¿Tardará mucho en crecer? —Estaba deseando ver las flores.

—Primero tendrá que echar raíces, cariño —dijo mi padre—, raíces fuertes y las de este árbol son enormes.

—¿Por eso compraste una casa más grande? —dije inocente

Mis padres se miraron y se sonrieron. Papá se puso a mi altura.

—Compramos esta casa porque nuestro árbol volverá a dar frutos y necesita tener hacia donde crecer.

Junté las cejas sin entender. Mi madre llevó mi pequeña mano a su vientre que se sintió abombado y tenso como un globo.

—Hay una semilla dentro de mi tripa, tu padre la puso allí y ha empezado a crecer, como nuestro árbol de flores.

—¿Y tendrás flores?

Ambos rieron con ganas.

—No, cariño, tendré un bebé. Un hermanito.

La tripa de mi madre creció más rápido que el arbusto del jardín, y pronto llegó Gavin. Cuando mi hermano pequeño cumplió cinco años, el arbusto se pintó por primera vez de color violeta y mi madre lo celebró con una cena bajo su sombra, bajo el árbol de jacaranda.

Toda esta historia es apenas un recuerdo de mi infancia que volvió a mi memoria el día que recibí la noticia más especial de mi vida, fue un impulso, salir del local, subir al auto y conducir hasta la que fue mi casa, estacionar en frente y observar la jacaranda florecida, me sentía tan distinta y a la vez tan emocionada que bajé y me acerqué a tomar una ramita, era un árbol enorme ahora, tendría veinte años o más y sus hojas

eran un forraje maravilloso. La metí al bolsillo junto a la prueba de embarazo, iba tarde a la reunión de Connor, pero estaba segura de que en cuanto le dijese la razón, se esfumaría su enojo. Incluso le contaría la historia de mi madre, y se reiría de mí al saber que creí que a mi madre le brotarían flores por el ombligo.

Apresuré mi llegada, estacioné donde no interfiriera con la salida de Connor, vi su camioneta y supe que estaba en casa, al revisar la hora sentí un poco de alivio, contaba con quince minutos. Mi esposo era extremadamente puntual con sus citas y cuando yo me retrasaba siempre acababa yéndose solo, al regreso me disculpaba con él, que no era tan fácil como pedir perdón, solía aplicarme la ley del hielo por varios días hasta que luego de varias súplicas, volvía a ser el mismo conmigo.

Esperaba que esa noche no pasara igual y que el motivo de mi retraso acabara con su ansiedad. Esa noche era definitiva para él, contar con el aval de otros miembros del partido republicano era su pase de entrada a la intención de ser el alcalde de Santa Helena, aunque en ese momento aspiraba al puesto de gerente de la ciudad luego de su paso por el concejo. Y ese fue el motivo por el que se mantuvo tenso por varias semanas, volvía tarde de la oficina y pasaba mucho tiempo al teléfono. Yo hice mi parte organizando la cena en un restaurante de la zona con estrella Michelin y halagando a los invitados con regalos como botellas de vino de los viñedos mejor calificados de la ciudad, preparé canastas con productos locales que elevaran el perfil de Connor y su compromiso con la comunidad.

La noche al fin había llegado, nada podría salir mal, todos los invitados confirmaron su presencia, era la noche de Connor para brillar.

Entré cuidadosa, las luces bajas del salón y todo en silencio, a esa hora ya no estaban ni Ana ni Rosa en casa, su salida era justo a las seis, a Connor no le gustaba que hubiese nadie cuando llegara, excepto yo. Subí la escalera rumbo a la habitación y al poner un pie dentro lo encontré mirando por la ventana, casi vestido por completo, excepto por el saco, y bebía un trago.

Así calmaba los nervios.

Me solté los zapatos y él se dio vuelta.

—Es tarde —vació el contenido del vaso en su garganta y dio un paso al frente, volvió a mirarme, su presencia llenaba toda la estancia.

—Lo siento, es que... —mi voz cargada de ilusión fue incontrolable.

—Vístete pronto —me ordenó. Era evidente que estaba enojado.

Corrí al clóset en busca del vestido que tenía preparado para la noche, me despojé del abrigo y lo dejé de cualquier forma en la silla de mi peinador, pero antes de que diera otro paso lo agarré para ponerlo en su lugar, a Connor no le gustaba que nada estuviera fuera de su sitio.

Solté mi blusa y el pantalón con prontitud, todo lo dejé en el cesto de la ropa sucia, me pasé un pañito húmedo por el cuerpo para refrescarme, hubiese preferido una ducha, sin embargo, dilatarlo más acarrearía una discusión y Connor parecía de buen humor. Tomé el vestido y lo subí por mis piernas, era negro, recto y por la mitad de la

rodilla, con mangas y cuello alto, Connor era un poco conservador y prefería que no usara escotes o las faldas muy cortas, tampoco que mostrase los brazos más arriba de los codos. No me molestaba vestir así, pero a veces echaba de menos unos pantaloncitos cortos y un top, en especial en el verano.

Acababa de acomodar la falda en su sitio cuando percibí su presencia atrás de mí, colocó las manos sobre mis caderas y noté su aliento sobre mis hombros. Era más alto que yo por unos 20 centímetros. Sus manos subieron por mis costados y acabaron en mis pechos.

—¿Es el vestido que elegiste para esta noche? —preguntó en voz baja.

—Sí, el que aprobaste.

—¿Entonces todo está tal cuál lo pedí, ¿verdad?

Me besó el cuello y yo me di vuelta para mirarle, sus ojos estaban vidriosos, había bebido de más.

Asentí.

No vi venir el bofetón hasta que la piel de mi mejilla ardió y me vi agarrándome de un perchero para no caer. Me toqué la mejilla como instinto de protección, la piel quemaba y palpitaba en mi palma, era como la sensación que te deja el piquete de una abeja.

—¡Eres una maldita mentirosa! —gritó Connor fuera de sí, me agarró por las muñecas apretando con violencia.

—Yo... yo... —estaba totalmente aturdida intentando procesar lo que había pasado.

—¡Mira el traje que he tenido que usar! Pedí el azul medianoche y me ha tocado usar el gris porque no le trajeron de la tintorería, llamé para saber si estaba listo e ir a por él y resulta que tú pediste que estuviera para la próxima semana.

—Pero, yo llevé el traje y...

Connor apretó mis mejillas con una de sus manos.

—La factura lo pone, ¡eres una egoísta! Pretendías arruinar mi noche, es lo que quieres, que sea la burla del partido.

—Lo siento, te juro que no... es que... —quise esconder mi asombro y mis emociones y buscar el modo de calmarme—, estos días no me he sentido bien y ahora ya sé la razón.

Los ojos de Connor, inyectados en sangre, eran dos valles oscuros, me miraba con tanto odio que me sentí pequeña e insignificante. No había nada que pudiera hacer para remediarlo y esa certeza me devastaba. Yo siempre buscaba el modo de compensarle mis faltas.

—¡No me importan tus pobres excusas! —Finalmente me soltó y se dio vuelta—. Iré solo, parece que no cuento con mi esposa para nada.

Corrí para detenerle.

—Cariño... perdóname, por favor —sollocé.

Me miró de soslayo.

—Eres una inservible —sentenció antes de salir de la habitación.

Me arrebujé en la cama mientras lloraba, mi mejilla palpitaba y ardía, decidí levantarme y lavarme el rostro, buscar un poco de hielo que me calmase el escozor. No sabía lo que había pasado, pero culpé al estrés, al whisky, y a mi ineptitud, por su puesto. Empecé a buscar en mi mente el modo de reivindicarme con Connor por aquel error que le sacó de sus cabales.

Cuando estuve frente al espejo del baño y evalué los daños, vi que la rojez me cubría la mejilla por completo y que tenía un mínimo corte bajo el párpado.

Pensé en que no tuve oportunidad de decirle el motivo de mi error y por instinto me toqué el vientre deseando que mi semilla fuese el inicio de mi jardín. Luego pensé en mi madre y en todas las veces que sus plantas la distraían de hacer la cena, y recordé el silencio de mi padre ante el descuido, cómo se doblaba las mangas de la camisa y pasaba a la cocina para hacer la cena.

Mi padre nunca levantó la voz.

Mi madre nunca tuvo que ser perfecta.

Pero también me dijo que no todas las semillas dan frutos buenos, algunos son venenosos.

Quise llamarla enseguida para decirle: *Mamá, soy esa flor que necesita ser protegida del depredador.*





*ISA*  
*QUINTIN*  
•• LOVE AND WORDS ••